

**LOS INTELLECTUALES Y LA POLÍTICA
EN LOS AÑOS DE LA DEMOCRACIA
RECUPERADA I (1983-2001)**

José María Casco y María Belén
Riveiro

119



LOS INTELLECTUALES Y LA POLÍTICA EN LOS AÑOS DE LA DEMOCRACIA RECUPERADA I (1983-2001)

José María Casco¹ y María Belén Riveiro²

Los intelectuales tienen una rica historia en la Argentina llena de encuentros y desencuentros con la política y las instituciones. En efecto, a diferencia de sus pares de otros países del continente y de los europeos, no han podido integrarse al Estado por largo tiempo, así como tampoco los partidos los han reclutado para que fungieran de usina de ideas, hasta la recuperación de la democracia. Eso los obligó a buscar refugio en otras instituciones y a crearlas. Y por esas razones también muchos fueron anti sistema buena parte del siglo XX. Pero cuando se recuperó el estado de derecho en 1983, ya habían caído los sueños de la revolución para muchos de ellos y así fue como se integraron al orden en busca de aportar ideas en la transición democrática. En la década siguiente, la globalización, que traía entre otras cosas lo que se llamó la video política, los enfrentó al dilema de aceptar o no que el espacio público se mudaba a la televisión. Eso generó largas discusiones y algunos rechazaron ser parte de ese nuevo estado de cosas. Otros en cambio, no sin incomodidades, se adaptaron y no pocas veces fueron devorados por esa maquinaria. Como sea, los intelectuales y la política abrieron un nuevo capítulo en los años de la democracia.

En lo que sigue nos concentraremos en las dos primeras décadas de la democracia recuperada para ver cuál es el escenario que muestra la política en el que se despliega la intervención intelectual.

Los ochenta: la revitalización del mundo intelectual: democracia y partidos políticos

En la Argentina de los años ochenta, producto de la derrota de los proyectos revolucionarios latinoamericanos que encarnaba la Nueva Izquierda de los años sesenta, los intelectuales perdieron las certezas teóricas que supieron servir de guías para la reflexión política. Sumado a ello, la llamada crisis del marxismo, que inundó el campo intelectual socialista de los países latinos de Europa, aquí se recepcionó de manera contundente producto de la llegada en los años setenta del autoritarismo (Lesgart, 2003; Burgos, 2004). En este clima, la recuperación de las instituciones democráticas y el Estado de derecho supuso, entre otras cosas, una revitalización de los espacios del mundo intelectual que habían estado censurados por la dictadura. Esa recuperación hizo posible que en los primeros años de la década del ochenta florecieran con vitalidad distintas instituciones culturales. Uno de los elementos centrales que hizo posible ese proceso fue la llegada al país de muchos exiliados que en su vuelta se incorporaron a las universidades y distintos espacios de la vida cultural y desde allí dieron forma a diferentes órganos de producción. En efecto, diversas iniciativas, muchas de ellas que ya venían tomando forma desde la última

¹ Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional de San Martín.

² Universidad de Buenos Aires.



etapa de la dictadura, se plasmaron al calor de la euforia democrática y así, el teatro, el cine y las revistas culturales tuvieron un nuevo impulso que, retomando una vieja tradición en el país, conformó un mapa amplio y complejo.

Los dos partidos políticos más populares de la Argentina (el Partido Justicialista y la Unión Cívica Radical), en un afán por darle aires de renovación a sus estructuras tradicionales, crearon canales de acercamiento con diferentes círculos de intelectuales. Así, miembros del club de Cultura Socialista, inaugurado en 1986, tuvieron un acercamiento tanto al Partido Socialista como a la Unión Cívica Radical. Por su parte, lo que se conoció como el Peronismo Renovador, que animaba Antonio Cafiero, tuvo una estrecha relación con la revista *Unidos* en la que participaron intelectuales que buscaban dar cuenta de una nueva síntesis política para conformar la renovación del peronismo.

En otros casos, el contacto con las estructuras partidarias no fue explícito, pero la preocupación por la democracia invadió a casi todos los intelectuales por igual. Así fue como el presidente del primer gobierno democrático, Raúl Alfonsín, conformó un grupo de asesores *ad hoc* integrado por un grupo de intelectuales (entre los que se contaban algunos del club de Cultura Socialista) que habían tenido una actuación significativa como ideólogos del arco conformado por la Nueva Izquierda de los años sesenta, devenidos ahora en propulsores de una salida democrática como respuesta a la dictadura.

Esa aproximación entre políticos e intelectuales de enorme valor histórico por su originalidad terminó junto con la caída del gobierno de Alfonsín y los sueños de fundar una democracia fuerte, estable y renovada. Perecieron bajo las llamas del caos de la hiperinflación. Se cerraba así el periodo de la transición, primer ciclo de la refundación democrática, dado que acto seguido, a fines de 1989, junto con el cambio de gobierno y bajo un severo diagnóstico de cómo se resolvía la economía y la cuestión social, hacía su entrada de manera todavía tímida pero penetrante el pensamiento neoliberal de la mano del peronismo. Este cambio de escenario, para los intelectuales renovadores y progresistas, significó una doble frustración. Por un lado, como ya señalamos, la derrota del primer experimento de refundación democrática con chances claras de hacer realidad sus anhelos reformistas se perdió en el olvido. Por otro, ese nuevo rumbo que el ejecutivo le imprimía al país hizo posible que en la escena política hicieran su entrada nuevos actores que portaban un saber de tipo tecnocrático que con su mirada fuertemente economicista desplazaba a la figura del intelectual del lugar central que había detentado en el pasado, para poder consumir las premisas del dogma neoliberal. En efecto, basándose en un diagnóstico que afirmaba que el gran problema del país era el sostenimiento de la economía del anterior gobierno basado en un peso desmedido del Estado sobre la actividad económica, técnicos y expertos en economía conformaron la avanzada espiritual que dio sustento a las reformas de la década (Beltran, 2007). Así, un ejército heterogéneo de actores con una impronta racionalizadora, que fomentaron ese clima de ideas imperante, desbarató con éxito los avances institucionales del progresismo democrático.

Estos cambios también marcaron un desplazamiento en la agenda del propio campo intelectual. Reemplazaron al debate político por la economía, e instalaron, como voces autorizadas para ese debate, a viejas y nuevas franjas del universo del saber económico que se legitimaron como los portadores de un



discurso de verdad sustentado en una supuesta neutralidad axiológica que portaba la ciencia económica y por ello lo capacitaba para proveer las urgentes soluciones que el momento requería (Heredia, 2015). Aparecía así el imperio del mercado y la retirada de la política y el Estado.

En ese escenario, los medios de comunicación de masas convocaron a economistas de toda laya a la hora de pensar las soluciones para los problemas del país. Al mismo tiempo, casi desaparecieron de la escena pública los viejos intelectuales que desde siempre habían sido los agentes privilegiados para la reflexión sobre la política y la cuestión social. Fue el momento de la decepción para los intelectuales, pero también de la bronca, la impotencia y el desconcierto.

Los noventa: medios de comunicación como escenarios del debate público y una nueva apuesta de articulación política

Entre los muchos cambios que la década del noventa introdujo, el de la privatización de los medios de comunicación junto a una explosión informativa producto de la llegada de la televisión por cable quizás sea uno de los más relevantes para el tema que estamos tratando. En efecto, ese fenómeno hizo posible la multiplicación de la oferta de programas, entre ellos, los periodísticos de perfil político, dando inicio a lo que un filósofo italiano llamó la era de la video-política (Sartori, 1988) Así, el *ágora* dejó de ser la vieja y tradicional plaza pública, y en su lugar la televisión hizo las veces de tribuna para el debate político, así la Argentina se ponía a tono con lo que pasaba en el mundo y se incorporaba a la globalización.

Esta situación fue de lo más incómoda para los intelectuales, las reglas de la TV, en efecto, enmarcadas en la lógica del tiempo rápido de acuerdo con los imperativos del mercado, mutilaron más de una intervención, haciendo que muchos intelectuales decidieran directamente desechar las invitaciones de exponer sus ideas en la pantalla. Además, no solo Sartori, el filósofo italiano señalado más arriba, afirmaba que la televisión solo podía ofrecer un espacio para el entretenimiento y no un lugar para la reflexión, también Pierre Bourdieu (2005) al final de los años noventa podía afirmar un juicio similar, a saber, que el campo periodístico televisivo no podía bajo ninguna forma contener espacio para el pensamiento y el debate político.

Otros intelectuales, en cambio, con un poco más de tolerancia, pero no sin incomodidad, se adecuaron a la lógica que les imponían los conductores. Este cambio provocó un profundo malestar que se hizo público cuando algunas figuras de la cultura a través de notas en diarios de gran tirada, y artículos en revistas culturales, describieron en forma vehemente que la TV solo ofrecía un simulacro de la política (Sarlo, 2004). Así, más allá de las apreciaciones individuales, el espacio de actuación para los intelectuales, a todas luces, se veía cercenado.

Efectivamente, como nunca antes, desde los años noventa, cuando comienza la globalización en la que hoy estamos inmersos, los medios de comunicación y con ellos la TV y los periodistas han tenido un poder para, al mismo tiempo, imponer agendas, construir imágenes del mundo y reemplazar a los alicaídos sistemas de partidos en muchos Estados nacionales. Es que a mediados de los noventa recién comenzaba,



por lo menos entre nosotros los latinoamericanos, una tendencia y una fuerza cultural y empresarial que no haría sino ganar más espacio con el paso del tiempo.

Con los años, y al calor del ingreso del país a la globalización y el dominio de la economía de mercado, los medios se ampliaron ocupando el centro de la escena en Argentina. El menemato, como se denominó a los dos gobiernos del presidente Carlos Menem, fue el artífice de que el periodismo tanto gráfico como televisivo se erigiera como el gran guardián de la sociedad.

Así, por ejemplo, el diario *Página/12* se convirtió en un verdadero fenómeno de audiencia. Nacido en 1987, se destacó desde sus inicios por ser un diario de tinte “progresista” y con una redacción abundante en escritores. Esto hizo que el desarrollo de las noticias y su análisis tuviera más lugar que la información como se hacía habitualmente en el periodismo argentino gráfico. También la cuestión cultural en general y literaria en particular, por tratarse de un medio donde abundaban los literatos, ocupó un lugar central. Puede decirse en ese sentido, que era un periódico de periodistas intelectuales. Y fue allí precisamente, en *Página/12*, donde se forjó un nuevo y arrollador periodismo de investigación que hacía centro en la corrupción menemista. Y también fue allí donde la obra de mayor impacto periodístico tomó forma. Efectivamente, *Robo para la Corona. Los frutos Prohibidos del Árbol de la Corrupción*, de Horacio Verbitsky, quizás el periodista más prestigioso de *Página/12*, fue el resultado de sus notas de investigación en el diario. El libro editado por el sello Planeta se convirtió en un verdadero *best seller*. Se publicó por primera vez en 1991 y para febrero de 1992 iba ya por su séptima edición, su poder de expansión fue tal que se convirtió en el libro periodístico más vendido en Latinoamérica. A ese libro le siguieron del mismo autor y por el mismo sello *Hacer la Corte: La construcción de un poder Absoluto sin justicia ni control* (1993) y *Un mundo sin periodistas* (1997). Esa saga más sus columnas semanales le dieron un reconocimiento inusitado, abrieron un espacio para otros periodistas de investigación y convirtieron al diario en un verdadero fenómeno de los años noventa.

El de *Página/12* no fue un fenómeno aislado. A Verbitsky le siguieron otros como el director de la primera época del diario, Jorge Lanata que junto a Román Lejtman, Ernesto Tenenbaum, Marcelo Zlotogwiazda, Luis Majul y Joaquín Morales Solá, entre otros, conformaron la primera camada de periodistas de investigación de la recuperada democracia, que ensancharon el campo periodístico masivo y consolidaron su posición en la TV y en los diarios. Claro que no fueron los únicos, pero ellos abrieron el camino para que la denuncia en general y la corrupción en particular se erigieran en los grandes temas de la política argentina que de los diarios muy pronto llegó a la televisión de la mano de quien sería la estrella periodística del rubro, Jorge Lanata.

En efecto, Lanata es quien mejor expresó ese ascenso del periodista como guardián de los grandes valores de la sociedad. Se anudaron en ese desempeño la idea de rectitud, la defensa de la ética pública y la defensa de las buenas prácticas políticas. Su trayectoria está formada por un sinfín de emprendimientos disímiles donde la literatura, el documental, el cine, la radio y hasta el teatro de revista forjaron una carrera exitosa. Pero fue en *Día D* que se emitió por el canal América entre 1995 y 2003 donde su consagración como periodista de investigación tuvo lugar. Allí cada semana Lanata desplegaba una serie



de informes donde variados columnistas desnudaban la corrupción reinante en la política argentina. Y cuando no eran los hechos de corrupción el centro del programa bastaba con mostrar la lista de sueldos de los políticos para que la audiencia no decayera y la indignación fuera el humus que creara el clima de época. A Lanata le siguió todo un arco de periodistas que salió en busca de todo tipo de delito, pero sin ninguna conexión con sus condiciones estructurales. Así, Rolando Graña, Daniel Tognetti, Martín Ciccioli, Facundo Pastor y muchos otros montaron, a caballo de la idea del periodismo de investigación que muestra la realidad, un sinfín de persecuciones a delincuentes de poca monta aquí y allá, sin conectar esas prácticas con el contexto que lo produce. *Dealers*, narcomenudeo y robo de celulares fueron y son los insumos centrales de programas que buscan en puestas en escenas muchas veces espectaculares mostrar lo que pasa en el país.

De esa segunda generación de periodistas que se dedicaron principalmente a la política debemos destacar el fenómeno que Mario Pergolini inauguró con *Caiga Quien Caiga* (CQC) con un estilo fresco, divertido llegando por momentos a lo desopilante. Un grupo de treintañeros que venían de la radio, en 1995, renovó el lenguaje del periodismo televisivo lo juvenilizó y puso en marcha un magazine semanal que a través de un sinfín de informes buscaba poner en ridículo a los políticos y así, tal vez como una consecuencia no deseada de la acción, denostar a la política. El programa tuvo un éxito tal que en 1996 fue vendido a España, al año siguiente a Italia y posteriormente a Israel, y a otros países demostrando que el formato podía funcionar a escala global. Entre nosotros, su última temporada fue en el año 2013 con la conducción del músico Roberto Pettinato.

En la discusión en torno de las grandes cuestiones políticas, la corrupción, en los años noventa, fue colocada como uno de los temas de la agenda pública desde todas las posiciones contrarias al menemismo. No hubo medio ni debate que no haya abordado el tópico. Desde los jóvenes y brillantes periodistas que aparecieron en escena en la década, hasta prestigiosos escritores y académicos, muchos fueron los que le dedicaron su atención. Fue notable cómo en muchas apariciones públicas las referencias a las mafias enquistadas en el gobierno o en las altas esferas del poder fueron un lugar recurrente en los discursos. Y eso no sería un problema si esa referencia hubiese sido una forma de entrada para abordar algún tema de la política de modo estructural. Pero resultó, por el contrario, que, en concordancia con el clima del momento, la corrupción fue “el tema” que marcó el tono del debate de la política nacional. Así, muchos intelectuales asumieron una clásica toma de posición de tono moral frente a los problemas del período. Este tipo de intervenciones, que se derivaron del anterior, dio forma a lo que algunos llaman una “estética de la denuncia” (Caparrós, 1997). Aquí, los periodistas televisivos fueron a la vanguardia y colocaron el escenario propicio para el desarrollo de esas formas estéticas.

Estos ejemplos, unos pocos pero emblemáticos, muestran unos modos del periodismo televisivo que, a medida que nos acercamos al presente, puede verse en otros formatos y otros soportes, lógicas y dinámicas que marcan el compás de las discusiones intelectuales. Un tipo de intervención que se multiplicó por estos años lo caracterizaron aquellos que apelaron a la descalificación lisa y llana del interlocutor de turno, la más de las veces en muy malos términos. Aquí fueron emblemáticas varias peleas,



un ejemplo de ellas, lo protagonizaron Andrés Rivera y el historiador Norberto Galasso. Cuando el primero trató sin medias tintas de fascista a Galasso por su posición de historiador nacionalista, la acusación fue tan virulenta que provocó una reacción inmediata en muchas franjas de la cultura y los organismos de derechos humanos, que se expresaron en una solicitada de repudio a los dichos del escritor³. En otros casos, las actitudes, como la de Beatriz Sarlo de escribir en la revista *Viva* del diario *Clarín*, fueron tomadas como malos atributos de su persona y eso, en lugar de desatar polémicas en torno a determinadas ideas, sirvió para descalificarla intelectualmente.

Pero no todas parecían ser malas noticias, cuando promediando la década del noventa apareció en la escena política nacional lo que se visualizaba como la alternativa al aluvión que significó el menemismo con las reformas que estamos reseñando. La coalición política conformada por La Alianza entre la UCR y el FREPASO. Aun cuando muchos intelectuales tuvieran grandes reservas acerca de lo que esa articulación pudiera llevar a cabo efectivamente, La Alianza fue vista por el espacio progresista como el camino para salir de la encerrona política luego de la hegemónica década neoliberal. Así, muchos intelectuales pusieron manos a la obra en esa empresa. Nombres como Beatriz Sarlo, José Nun y Juan Carlos Portantiero entre muchos otros fueron de la partida. Pero si la entrada al gobierno en 1999 significó un espacio de esperanza, la entrada de Domingo Cavallo promediando el año 2000 al Ministerio de Economía primero, y la renuncia del vicepresidente Álvarez, después, hicieron poco a poco naufragar al gobierno.

El estallido de diciembre de 2001, a tres años de haber comenzado su mandato, cerró definitivamente el ciclo de La Alianza. Luego de una serie de equívocos, la caída del gobierno de De La Rúa coronó el fracaso de la primera experiencia de un gobierno de coalición en Argentina. Aquella experiencia que había sido promisorio por muchos intelectuales –como posibilidad para un arreglo político que diera soluciones en el ámbito de la representación a la creciente complejidad de los actores sociales que inundaban la sociedad– llevó, tras la caída del gobierno, a la decepción que se apoderó de grandes franjas intelectuales. Y lo que es más importante para nosotros es que esa caída estrepitosa de La Alianza dejó aún más desnudo al espacio del pensamiento y la producción cultural enrolados en las ideas progresistas. Con el fracaso de la experiencia de La Alianza, nuevamente, sus proyectos se veían desbaratados y sin carnadura. Estos acontecimientos significaron un hecho por demás significativo, porque, en efecto, no debería olvidarse que sin proyecto y actores políticos que lo encarnen, la reflexión intelectual está condenada al vacío.

A modo de cierre: el fin del ciclo del Estado de bienestar y el debate intelectual

La representación del papel intelectual supone lo que algunos llaman la obsesión de la continua presencia (Sidicaro, 1999). Esta presencia permanente, forma que adopta la intervención intelectual tras las transformaciones del vínculo con el campo de la política y de los medios de comunicación que mencionamos antes, hace que el intelectual esté obligado a intervenir acerca de las cuestiones más

³ El ataque de Andrés Rivera se produjo en una entrevista que le hiciera la revista *Sudestada* en su número 33. La respuesta de repudio salió en forma de solicitada un mes después en *Página/12*.



urgentes que ocurren en su sociedad de manera casi inexorable, así, todo intelectual que se precie es convocado para dar su opinión sobre las grandes cuestiones que aquejan al país.

Más allá de los ejemplos concretos anteriores, de lo que se trata es de llamar la atención sobre la historia intelectual, los espacios abiertos a la discusión, las lógicas imperantes, en fin, el estado de cosas que funcionan en el campo. Así, en los últimos años, y en parte por las razones que hemos desarrollado, la falta de ideas fue la nota saliente de muchas intervenciones. Hemos asistido a la trivialización del debate de una forma cada vez más pronunciada a través de viejos y nuevos protagonistas. No se encuentran registros de un debate de ideas importante como cuando en otros tiempos, que hoy parecen siglos, distintas alternativas ideológicas estimulaban la confrontación por imponer una visión del mundo o del futuro. Pero, claro, no debería dejar de tomarse en cuenta, como señalamos al principio, que el papel del intelectual supone intervenir públicamente sobre las grandes cuestiones del país, pero, cuando no hay demasiadas fuentes de las que beber para esa reflexión, esos debates pueden ser una muestra de la crisis por la que atraviesa la sociedad.

No debe dejar de apuntarse que, a las condiciones políticas e ideológicas que ya señalamos, habría que agregarle las transformaciones que el mundo de la cultura ha sufrido en los últimos años. Zigmunt Bauman, en el que quizás sea uno de sus mejores libros, en 1995 se refería a la caída del legislador en referencia a la crisis del papel del intelectual. Allí, el autor anotaba, entre otras cosas, cómo un mundo, que aparecía fuertemente fragmentado y cada vez más mercantilizado, tendía a la disociación entre producción social y producción de sentido. Al mismo tiempo, ese mundo, que cambiaba vertiginosamente, había hecho posible que en los últimos treinta años se asistiera a una gran democratización de la información y la cultura, proceso que dificultaba de modo notable el rol del intelectual que anunciaba desde su posición privilegiada respecto del saber para dónde caminaban las sociedades. De ahí que hoy, ese papel tiene muchos obstáculos para desempeñarse por las razones que señalamos, pero además porque en la avanzada al centro de la escena mundial de los expertos, la política, entendida como las grandes cuestiones de la vida en sociedad, ha sido reducida a un problema de gestión y eficiencia, a la pura administración técnica de las cuestiones sociales. Por otro lado, los particularismos producto de la fragmentación antes mencionada, tienden a reemplazar a los sentidos universalistas que son la marca de los tiempos modernos y de la que su guardián máspreciado era siempre el intelectual.

Bibliografía

- Bauman, Z. (1995). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Beltrán, G. (2007). *Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio. Las carreras de sociología y economía en la universidad de buenos aires durante los años 90*. Documento de trabajo 88. CLACSO.
- Bourdieu, P. (2005). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Siglo XXI.



- Caparrós, M. (1997). Entrevista. Javier Trimboli (comp.). *Qué es la izquierda*. Manantial.
- Heredia, M. (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Lesgart, C (2003). *Usos sobre la transición democrática*. Ensayo, ciencia y política en la década del 80. Politeia.
- Sarlo, B. (2004). *Escenas de la vida posmoderna*. Seix Barral.
- Sartori, G. (1988). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Taurus.
- Sidicaro, R. (1999). Los intelectuales, los científicos sociales y las acciones políticas de los sectores populares. *Apuntes de investigación del CECYP* 4, p. 19

